

**Celia Szusterman.** *Frondizi and the politics of developmentalism in Argentina, 1958-62.* Londres, MacMillan, 1993, 318 páginas.

El libro que reseñamos tiene como objetivo explorar los orígenes de la pobre *performance* de la Argentina en las últimas décadas, sobre la base de la convicción —tomada de un trabajo de Ditz y James— de que ella se debe no a la falta de una correcta política de precios, sino a la de una política general acertada. En ese sentido, la experiencia de Frondizi es considerada relevante por el hecho de que la Argentina se habría encontrado por entonces en un momento adecuado para consolidar una forma de gobierno democrático liberal, luego de la ruptura del viejo régimen corporativo. Por cierto, según la autora, el fracaso de Frondizi en este primordial aspecto no lo convierte en el único (y ni siquiera en el principal) culpable de los males del país, cuya existencia lo trasciende, pero su voluntarismo y la utilización de procedimientos antidemocráticos habrían empañado una labor pionera en materia de política económica.

En una cuidada edición compuesta por nueve capítulos, Szusterman analiza con ágil estilo la política del desarrollismo, sin descuidar la necesidad de un *racconto* de los acontecimientos inmediatamente precedentes (la “Revolución Libertadora”) así como un permanente buceo en el pasado más lejano, en el que trae a colación reiteradamente los principios históricos rectores del radicalismo. Este enfoque no es simplemente ilustrativo, sino que busca descubrir el cambio que se produce en las concepciones de Frondizi luego del acceso a la presidencia, reflatando las tesis de su abandono de los ideales radicales, de su claudicación como abanderado del antiimperialismo, de la traición a sus colaboradores y al partido y de su permanente doble discurso y maquiavelismo.

Siguiendo esa línea de análisis, la autora hace permanente hincapié en los manejos oscuros y muchas veces autoritarios o reñidos con la moral que debe respetar un mandatario si pretende consolidar un régimen democrático prístino. En ese contexto, cobra importancia la figura de Rogelio Frigerio, secretario de Relaciones Económicas en el primer tramo del gobierno, consejero y amigo personal de Frondizi desde 1956, blanco predilecto de las críticas de Szusterman. Si bien no discute de lleno las hipótesis frigerianas, las tilda de dogmáticas, maniqueas y pseudocientíficas. Por cierto, las permanentes ironías cuando se refiere al dirigente desarrollista le restan calidad académica a la obra.

Las críticas metodológicas a Frigerio, centradas en el holismo, en el materialismo y en el carácter historicista del pensamiento desarrollista, remiten con claridad al marco conceptual del propio trabajo, influido fuertemente por el pensamiento popperiano. Esto abre las puertas a, por lo menos, tres conjuntos de problemas. En primer lugar, sus críticas al desarrollismo revelan, en el fondo, una profunda incomprensión de los postulados de éste, como resultado de la confrontación de dos paradigmas diferentes. Las debilidades de la obra en este sentido, visibles sobre todo en el capítulo 4 —donde se intentó una siste-

matización de las tesis desarrollistas—, parecieran verificar la tesis kuhniana de inconmensurabilidad de los paradigmas.

En segundo lugar, el estudio de la historia a partir de categorías exclusivamente analíticas pierde de vista las complejas relaciones que se tejen en la sociedad en un momento determinado. Por eso, el capítulo 8, donde se estudian las relaciones entre el gobierno y la sociedad, es una de las partes más pobres de la obra desde el punto de vista conceptual. La escisión entre los aspectos económicos y políticos es también el resultado de los puntos de partida teóricos elegidos.

En tercer lugar, y muy relacionado con lo anterior, la autora estudia el gobierno de Frondizi sin tener en cuenta las fuerzas sociales que actuaban en su seno. El gobierno y los partidos políticos aparecen escindidos de los sectores, grupos sociales o de interés definidos. En ese sentido, el trabajo nos recuerda metodológicamente a Robert Potash. La concepción de un estado en manos de una élite política que emana del voto popular, sin instancias que se hagan cargo de las demandas sectoriales y sin una nutrida interpenetración de los grupos sociales no parece reflejar a la sociedad contemporánea, ni mucho menos a la argentina. Desde esta dimensión —ausente en la obra—, el fracaso de Latinoamérica no parece haber sido originado por la ausencia de un pluralismo democrático de corte liberal, como sostiene Szusterman, sino por las dificultades para establecer un conjunto de normas que regulen las relaciones, no entre el gobierno y la sociedad, sino entre los grupos sociales a través del estado, que permitan el funcionamiento de las formas e instituciones democráticas.

En el marco de análisis propuesto por la autora cobran particular relevancia dos aspectos cruciales para entender el fracaso de la democracia en el período: la existencia de un “gobierno paralelo” compuesto por el grupo integracionista liderado por Frigerio, y la traición de Frondizi a sus antiguos colaboradores.

El grupo integracionista es presentado como un conjunto de tecnócratas desinteresados, e incluso enemigos de las formas democráticas, culpables de las transformaciones ideológico-políticas de Frondizi y de las transgresiones más feroces a los procedimientos constitucionales, como en el caso de la firma de los contratos petroleros con compañías extranjeras. Pero su mayor contribución al fracaso habría sido su no pertenencia al partido gobernante, vinculada al objetivo de consolidar un “movimiento nacional” de corte corporativista. Creemos que en el tratamiento de este tema, además de los problemas metodológicos apuntados, la autora adolece de un profundo maniqueísmo, de una falta de análisis riguroso de la historia posterior o, en el peor de los casos, de incontinencia literaria.

El segundo aspecto, la traición de Frondizi, nos remite a largos pasajes en los cuales se rescata la desilusión de un grupo de intelectuales de izquierda, encabezados por Nicolás Babini, cuyo papel parece haber sido considerablemente menor al que Szusterman insiste en atribuirles. En el capítulo 8, por ejemplo, cuando relata la relación entre el desarrollismo y los intelectuales, el análisis gira casi exclusivamente alrededor de la revista *Contorno*, sin interesarse por otros importantes grupos de intelectuales, entre los que habría que incluir a los integracionistas y su revista *Qué sucedió en siete días*.

Dejamos para el final otro punto controvertido del trabajo. El basamento documental utilizado es muy rico. A una gran cantidad de fuentes éditas, Szusterman añade un vasto conjunto de entrevistas personales y documentación del Foreign Office de Gran Bretaña y del Department of State de los EEUU. Sin embargo, esta riqueza inicial se ve contrarrestada por una utilización parcial de las fuentes, de acuerdo a las necesidades de demostración de sus hipótesis. Desfilan entonces por las páginas del libro numerosos testimonios críticos del gobierno, entre los que vuelve a tomar particular relevancia Babini, mientras los testimonios de los participantes del gobierno (y particularmente del grupo integracionista) pocas veces son tomados en cuenta de manera seria o sin ironía. La asidua utilización del matutino *La Nación* y la ausencia de referencias a *Clarín*, tildado de frondicista, ejemplifica la parcial utilización de las fuentes disponibles.

Andrés Musacchio

**David Rock.** *La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública.* Buenos Aires, Editorial Espasa-Calpe/Ariel, 1993, 282 páginas.

El último trabajo de este historiador norteamericano, dedicado desde hace años al análisis de distintas problemáticas históricas de nuestro país, seguramente habrá de suscitar no pocas polémicas y discusiones. Rock analiza el nacionalismo argentino desde una perspectiva histórica que, distinguiéndose de los estudios clásicos sobre la cuestión concentrados en el periodo de entreguerras, arranca desde fines del siglo XIX. Asimismo, proyecta su análisis hasta prácticamente nuestros días; y ello en razón de que, a diferencia de otras experiencias análogas, nuestro nacionalismo se destaca por una longevidad que lo convierte, según el autor, en un verdadero "museo viviente del pasado".

Uno de los aspectos interesantes del trabajo es el tratamiento que hace de las raíces ideológicas de este movimiento, situándolas en la tradición contrarrevolucionaria de la Europa latina del siglo XIX a través de autores como Joseph De Maistre, Marcelino Menéndez y Pelayo, Jaime Balmes, y Gustave de Bonald; y de otros más cercanos a nuestra época como Ernest Renan, Hypólite Taine y Charles Maurras. Plantea así la primera gran contradicción de esta corriente: su reaccionarismo antiliberal y anticosmopolita tenía una extracción tan europea como el por ellos execrado liberalismo. Asimismo, su inspiración europea era una reacción nostálgica del orden social y político anterior a la Revolución Francesa sustentada por fracciones de las declinantes aristocracias feudales que poco se correspondía con la efímera trayectoria histórica de nuestro país, impidiendo proyecciones temporales como las que eran posibles en el Viejo Mundo, o aun en los países más antiguos de América Latina. En la Argentina,

esa tradición europea se sintetizó con el clericalismo ultramontano finisecular cuya pujanza era proporcional a la necesidad de recomponer el poder de la Iglesia luego de su virtual disolución tras la emancipación. Este fenómeno coincidió cronológicamente con el surgimiento de una inclinación tradicionalista por parte de algunos escritores del interior del país inspirados por las corrientes nacionalistas antiliberales por entonces emergentes en Europa.

Todos estos antecedentes son utilizados por Rock para plantear las ambigüedades y la enorme confusión ideológica que caracterizó al nacionalismo argentino en sus orígenes; particularmente, durante la etapa que va desde principios de siglo hasta los años 30, hecho que tendió a dotarlo de una gran inconsistencia y a fragmentarlo, ya desde entonces en distintas vertientes. Establece a continuación una sucesión de sus prototípicas manifestaciones políticas, intelectuales y periodísticas. Por ejemplo, desde fines de los años 20 hasta entrada la década siguiente, el periódico *La Nueva República* fue algo así como la expresión por antonomasia del nacionalismo, en el que abrevaron autores de una vasta proyección en el movimiento como Carulla, Carlos Ibarguren y Manuel Gálvez. Luego, ya en los años 30, se sucedieron fallidos intentos de organizar milicias al estilo de los movimientos fascistas europeos. Finalmente, hacia fines de la década, cuando estas experiencias demostraron su escasa resonancia en las masas populares, los intelectuales nacionalistas optaron por influir en la oficialidad del Ejército.

Profundizando su indagación acerca de la naturaleza del nacionalismo argentino, Rock advierte una sucesión generacional de sus exponentes. Así, durante los años 20 y 30, sus máximos dirigentes fueron Juan Carulla, Federico Ibarguren, Leopoldo Lugones, Manuel Gálvez y los hermanos Irazusta. Durante las dos décadas siguientes se distinguieron Marcelo Sánchez Sorondo, Mario Amadeo, Ernesto Palacio, y los sacerdotes Meinvielle, Castellani y Gustavo Franceschi. Finalmente, ya en las décadas del 60 y del 70, adquirieron relieve Walter Beveraggi Allende, Jordán Bruno Genta, etc. La mayoría de estos dirigentes proceden de fracciones oligárquicas declinantes de algunas provincias del interior. Los nacionalistas cordobeses —con la notoria excepción de Leopoldo Lugones— estaban fuertemente vinculados a la Iglesia Católica; los de Entre Ríos, una zona que recibió cierto influjo migratorio de origen judío, adquirieron un perfil más secular, aunque las influencias clericales tampoco estuvieron del todo ausentes. Estos precedentes ideológicos permiten, según Rock, diferenciar enfáticamente al nacionalismo argentino respecto del fascismo italiano y del nacional-socialismo alemán. Es más, sus máximas personalidades rechazaron estos fenómenos totalitarios europeos por considerarlos demasiado revolucionarios y anticonservadores. Esta impugnación alcanzó también al maurrasianismo, condenando al aislamiento a aquellos dirigentes locales adherentes a tales ideas como Leopoldo Lugones, y se relaciona a su vez con las tensas y conflictivas relaciones con el peronismo, cuyos elementos revolucionarios Rock identifica más con las modernas dictaduras europeas del siglo XX que con el nacionalismo. Ello no hace sino confirmar la fuerte impronta clerical que se advierte en la mayoría de sus intelectuales y políticos.

La versatilidad de los nacionalistas en el campo político e incluso en el

ideológico, sobre todo a partir de los años 50 y 60, cuando se registran curiosísimos vuelcos de muchos de sus máximos dirigentes hacia la izquierda; de otros hacia la política internacional de los Estados Unidos en el contexto de la "Guerra Fría"; y de reconocidos antiperonistas hacia el justicialismo, constituye otra de las originalidades que Rock le atribuye al movimiento. No obstante, este fenómeno ya es palpable desde los años 30, cuando el notorio desinterés de los nacionalistas por las cuestiones económicas los inducía a asumir paradójales posturas en favor del liberalismo en contra de la intervención del estado en la economía. Esta mutabilidad se confirma en el hecho de que la mayoría de ellos comenzó su carrera política en partidos tradicionales, a saber: Carlos Ibarguren, en el conservadorismo; los hermanos Irazusta en el radicalismo; Carlos Carulla en el socialismo; Jordán Bruno Gentá y Walter Beveraggi Allende en corrientes de izquierda. Asimismo, fue uno de los factores que les permitió extender su autoritaria influencia en los partidos políticos, a través de concepciones hegemónicas; en las Fuerzas Armadas, mediante logias como el GOU o exponentes que van desde José Evaristo Urriburu hasta Aldo Rico y Mohamed Alí Seineldín; en la Universidad, en las escuelas de Derecho e Historia; y en el sistema educativo en general. Tal influencia, sin embargo, se hace más notoria en épocas de crisis extremas, cuando la aceleración de cambios políticos terminaba favoreciendo a aquellos que propugnaban fórmulas más simples y directas para reconstruir el poder y la autoridad del estado. En contrapartida, en tiempos de liderazgos fuertes como los de Alvear, Justo y Perón, su predicamento disminuía.

No obstante su originalidad, la obra evidencia ciertas debilidades. En primer lugar, de la lectura del texto se desprende la intencionalidad de responsabilizar exclusivamente al nacionalismo del perfil autoritario que caracterizó a la vida política del país a partir de los años 30, cuando en realidad este ingrediente de la cultura política nacional se halla imbricado también en otras tradiciones, particularmente la liberal. El nacionalismo aparece así como una especie de "hecho maldito" cuyo perverso influjo es culpabilizado de todas las expresiones violentas ocurridas en la Argentina desde los golpes militares hasta la guerrilla urbana, pasando por la represión ilegal del último régimen militar. Establece además veladamente a la democracia liberal como "idealtypus" cuyo desvío como consecuencia, obviamente, de la acción de los nacionalistas, ha provocado la mayoría de nuestras desgracias durante las últimas décadas. También resulta cuestionable la identificación del nacionalismo argentino como "movimiento" debido a que genera la sensación de una corriente más o menos unívoca a lo largo de la historia argentina contemporánea, cuando el propio Rock remarca permanentemente su inconsistencia a partir de distintas y antagónicas vertientes de izquierda y de derecha. Por otra parte, a veces comete excesos al generalizar la extensión del nacionalismo involucrando en esa corriente a personalidades de reconocida vocación democrática como Raúl Scalabrini Ortiz, al que en un momento determinado llega a calificar de "filofascista". Ello se repite con otras figuras relevantes del quehacer nacional, más allá de su trayectoria, como Rodolfo Puiggrós. También se detectan anacronismos sencillamente aberrantes cuando, por ejemplo, define a los detenidos políticos

durante el régimen peronista como “desaparecidos”, es decir, como antecedentes de lo que habría de ocurrir treinta años más tarde; y a plantear veladamente a las madres de los estudiantes arrestados a principios de 1945 por el gobierno de Farrell como precursoras de las “Madres de Plaza de Mayo” por el mero hecho de haberse concentrado allí en señal de protesta. Algunas de sus reflexiones resultan de lo más rebuscadas, como la que identifica a la idea de “liberación nacional” con el concepto mussoliniano de “Nación Proletaria”. Por último, se observan ciertas ligerezas cuando en el análisis de la evolución del “movimiento” durante los años 70 y 80, transcribe acriticamente la opinión de un controvertido periodista como Jacobo Timmerman como si se trataran de verdades “a priori”.

En suma, estas zonas oscuras de la última obra de David Rock, propias de los trabajos de tesis, (siempre proclives a forzar la realidad para demostrar sus supuestos), no deben eclipsar los méritos y la relevancia de una importante contribución al estudio de una de las cuestiones más complejas y polémicas de nuestra historiografía contemporánea.

Jorge Luis Ossona

**Torcuato S. Di Tella.** *Torcuato Di Tella: industria y política.* Buenos Aires, Tesis-Grupo Editorial Norma, 1993, 165 páginas.

Torcuato S. Di Tella —conocido sociólogo e investigador argentino— es profesor de la Universidad de Buenos Aires y miembro del Instituto Di Tella y de la universidad del mismo nombre. Colaborador estrecho de Gino Germani y José Luis Romero, formó con ellos equipos de investigación en la década de 1960. Tiene una larga trayectoria en el país y en el extranjero, especializándose en el estudio comparativo de estructuras sociales.

El autor narra la vida de su padre: el empresario Torcuato Di Tella. Para ello recurre al archivo de SIAM (empresa creada por su padre), al archivo Centrale dello Stato, Casellario Politico Centrale, Roma (que se halla en poder del Instituto Di Tella), archivo personal de la familia Di Tella, periódicos y material obtenido de entrevistas a parientes y amigos de la familia.

El texto ha sido dividido en once capítulos, ordenados en forma cronológica y alternando el análisis comparado de la sociedad italiana y argentina (especialmente esta última) a través de los cambios sociales, ideológicos y políticos que se fueron sucediendo desde la caída de los Borbones en Italia y desde el principio de siglo en Argentina —a donde llega Di Tella adolescente con su madre viuda, sus hermanas y su tío— pasando por las dos guerras mundiales y hasta la muerte de don Torcuato Di Tella, en 1948 —durante el gobierno de Perón— en Argentina.

La historia de su padre comienza en la lejana aldea de Capracotta —donde la familia vio perder su ya escaso patrimonio y sus títulos de pequeña

nobleza— y la llegada a Buenos Aires —con el afán de conseguir trabajo, recuperar la posición económica y quizá volver a Italia—. Matizada la narración con los entretelones de los viajes y cambios en la familia, éstos, junto con la historia de SIAM —la empresa familiar— van a permitir al autor desgranar sus dotes de analista de la estructura social.

El libro constituye, en principio, una verdadera pintura de época donde se encuentran bien tratados los factores sociológicos e ideológicos que se transplantan junto con los inmigrantes a un medio no del todo hostil, pero reticente y discriminatorio. El idioma, la lejanía del terruño y muchas veces de la familia que quedó del otro lado del Atlántico se mezclan con la desocupación, la pobreza y la dificultad de asimilación que sólo se compensan dentro del grupo familiar o de la comunidad del mismo origen.

La vinculación entre los compatriotas que añoran la lejana Italia y sueñan con volver —aunque nunca se hayan ido del todo porque viven más aquella historia que la del país de adopción— la estrecha relación familiar (el verdadero “sindicato”), se entremezclan con la descripción de las dotes personales de ese joven que arremete contra todos los obstáculos y crece hasta abarcar toda la historia y alcanzar un perfil algo avasallador y dominante.

El autor describe con ameno estilo la llegada a la convulsionada Buenos Aires de principios de siglo, donde no puede evitarse mirar con sospecha a tanto inmigrante invasor, aunque haga falta mano de obra y campos y ciudad se disputen el beneficio de esa operación. Y el inmigrante, acorralado, temeroso e imposibilitado de entender lo que está viviendo encuentra muchas veces la mano tendida del amigo o pariente que lo salva del oprobio de permanecer con su familia hacinado en el Hotel de Inmigrantes.

La sociedad es, a su vez, un animal incontrolable lleno de sangre extraña; compleja mezcla que el autor describe en forma breve, pero que alcanza a revivir ese Buenos Aires del Centenario tan conflictivo y engañoso. No todo es oro lo que brilla. Las huelgas, las bombas anarquistas y la represión policial ponen la nota trágica mientras las revoluciones radicales hacen temer —a los más informados y a los que tienen más que perder— una expansión de éstas si llegaran a predominar los anarquistas, lo que podría conducir a una experiencia similar a la mexicana.

El “peligro rojo” como se comprobaría después, no estaba tan candente, pero la maquinaria conservadora del fraude había quedado al desnudo. Ya nadie se engañaba.

La represión contra la masa trabajadora inmigrante había sido demasiado fuerte y había que crear válvulas de escape y el propio conservadorismo o al menos el sector más avisado de él fue quien las creó.

Pero el accionar de la minoría activista anarquista en el Centenario daría argumento a la “juventud dorada porteña” para organizarse en una caza de brujas que hacía de todo sospechoso una víctima. Por eso la familia era el “sindicato” del inmigrante.

Nada descuida el autor. Con ágil pluma y un tono coloquial ubica al lector en el momento justo, con los conflictos a la vista, y ni siquiera faltan la vida familiar, el romance, el sindicato, el trabajo.

Allí aparece límpida, casi arrogante, la figura de un Di Tella adolescente que se abre camino en medio de esa maraña; un verdadero *self-made-man*. Una cuota bastante grande de romanticismo y cierto sesgo picaresco hace que su hijo lo describa como “aventurero” y “picaflor”. Se divierte en describir esas dos vetas de su padre, sin opacar la carrera irrefrenable que lo lleva al éxito; el coraje de perder y volver a empezar y llegar a ganar siempre.

La figura se agranda a lo largo de la historia, hasta convertirse en el centro en torno al cual parece girar toda la trama.

La historia de SIAM comienza con la asociación con Alfredo y Guido Allegrucci —que son los que ponen el capital— y Di Tella que sólo aporta sus dieciocho vitales años y su mentalidad empresaria.

Comenzaron haciendo máquinas de amasar pan —más funcionales que las importadas— y las patentaron en 1911 bajo la marca SIAM.

A pesar de las vicisitudes que vivió la firma, un crédito permitió su ampliación y la creación de una fundición propia en los años posteriores a la guerra. Esta había hecho muy costosa la importación de todos los insumos que requería esa industria. La ampliación de la demanda llevó a importar las máquinas terminadas desde Europa primero y Estados Unidos después.

En una asociación con la firma norteamericana Wayne Pump Company que duraría hasta 1927 y que se reanudaría en la década del treinta parece hallarse —aunque esto no queda bien aclarado— el comienzo de la multiplicidad de actividades de SIAM. Di Tella une a su actividad industrial, la de la comercialización e importación.

No sabemos hasta qué punto la vinculación salió de lo comercial para hacerse también financiera o si existió una sociedad en la que ambas se integraron.

La amistad con el Gral. Mosconi, la expansión de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (Y.P.F.) y de la propia firma que ya lideraba Di Tella, hizo que también la diversificación abarcara nuevos rubros. La construcción de surtidores de nafta y el permiso de la Municipalidad para instalarlos, convirtió a Di Tella en el proveedor de ese sistema de distribución oficial en competencia con el único permiso de ese tipo que había sido otorgado a la Standard Oil. Con estos antecedentes, en 1923 Di Tella entró al mundo de los grandes negocios.

La crisis del treinta complicó la vida de la empresa, en una serie de acontecimientos que se suman. Por un lado se habían adquirido deudas y todo el capital estaba invertido en la fábrica, no había con qué responder. Por otro, el despido de activistas en la fábrica llevó al gremio a una huelga que duró más de un mes. Y, por último, —y quizá el quid de la cuestión— la revolución de septiembre del treinta llevó a un cambio en la política con Estados Unidos y sus capitales invertidos en petróleo y en un intento por debilitar a YPF y al monopolio —que decían mantenía ese ente estatal— el nuevo gobierno dio por terminados los contratos con SIAM.

A partir de allí —recompuesta la situación financiera de la empresa— la continua diversificación y ampliación pasó a ser la norma, y su dueño construyó una gran fortuna que le permitió aumentar sus vinculaciones en las altas esferas políticas y diplomáticas, nacionales e internacionales, que ya eran por entonces muchas. Nuevas plantas instaladas en Brasil, en Uruguay, en Chile,

la combinación con el negocio minero, la compra de campos, la adquisición de la licencia y el asesoramiento tecnológico de Westinghouse, se fueron sucediendo casi sin interrupción.

Otra vez la guerra, que estalla en 1939, complicó los abastecimientos desde Estados Unidos y aún la filial —que Di Tella tenía en aquel país— sufrió los embates.

Pero —como dice su hijo— “Di Tella había comprendido las dificultades que entrañaba emprender actividades de diseño y fabricación de nuevas máquinas sin asesoramiento técnico y había desarrollado una estrategia flexible de acuerdos de importación y desarrollo propio” (pág. 92). “La necesidad de flexibilidad e improvisación, de poder pasar de un producto a otro, había sido un factor imprescindible en los planes de Di Tella desde 1929. La experimentación de nuevos productos y su introducción en el mercado eran procesos constantes” (pág. 155) y esa diversificación empresaria le había permitido superar las coyunturas difíciles y mantener un ritmo de continua expansión. De allí, también, su vinculación continua con empresas y capitales extranjeros que, lamentablemente, no queda claro cómo se integran, ya que no se acompañan suficientes detalles al respecto.

El otro aspecto es el ideológico. El gran empresario había sido “quizá desde la guerra” —en la cual participó cumpliendo con su nacionalidad italiana— un socialista convencido y había colaborado con el financiamiento de la *Concentrazione Antifascista* que Filippo Turatti, su “caro maestro” —dirigente del ala reformista del socialismo italiano— había organizado en su exilio francés.

Como dice el autor, muchos inmigrantes e hijos de inmigrantes pertenecientes a la clase media se habían hecho socialistas y el P.S. dirigido por Juan B. Justo solía ganar las elecciones en la capital argentina, compitiendo con conservadores y radicales, desde que la Ley Sáenz Peña fue puesta en práctica.

La evolución del socialismo en Argentina, en consonancia con la evolución y conflictos suscitados en Europa; la toma de posición frente al bolcheviquismo en Rusia y al surgimiento del fascismo en Italia y la forma en que esos cambios eran vividos por los inmigrantes que trasladaban y reproducían el conflicto en el seno de la organización partidaria y en el país de adopción, son aspectos analizados en el libro.

En los últimos capítulos, muchos temas van acompañando el crecimiento del empresario y de las empresas que controla:

- La postura de ciertos sectores conservadores que consideraban que la democracia era el caldo de cultivo de la anarquía y el extremismo;
- La reacción nacionalista, a través de la cual algunos trataban de restaurar la identidad nacional, perdida a causa de la inmigración masiva, creyendo ver en cada inmigrante la acechanza del “peligro rojo”;
- Los problemas suscitados en la Segunda Guerra Mundial con los Estados Unidos, donde la vieja competencia entre ambas economías se vinculó a cuestiones diplomáticas y político-ideológicas. La disputa entre el fascismo y el antifascismo en Argentina y su vinculación con segmentos diversos de la sociedad, los partidos políticos y la Iglesia;
- Y, finalmente, el golpe militar del '43 y el surgimiento del peronismo.

En una apretada narración se va definiendo la postura ideológica y política de Di Tella y su toma de distancia con respecto al gobierno militar y a Perón.

Quizá lo más interesante de esos últimos capítulos sea, concretamente, la postura de Di Tella frente a la futura posguerra; el temor a que el cierre de las fábricas de armamentos —en los países que estaban en conflicto— produjera, terminado éste, la desocupación de millones de obreros que buscaran cruzar el Atlántico hacia las periferias y que aquellas industrias deseosas de reconquistar estos mercados pudieran recurrir al *dumping*. Di Tella consideraba necesario pensar en una planificación, cuantitativa y cualitativa de la emigración y el dictado de leyes anti-*dumping*, aunque desconfiaba de las industrias argentinas que crecieron demasiado protegidas por la guerra.

La problemática de la posguerra influyó en la organización del Instituto de Conferencias de la Unión Industrial Argentina, en el que Di Tella participó activamente.

La preocupación por la cuestión social fue manifestada por él, en muchas oportunidades y a través de “Dos temas de Legislación del Trabajo: Proyectos de Ley de Seguro Social Obrero y Asignaciones Familiares” publicado en 1942. Allí afirmaba que debía implementarse con el aporte porcentual de los obreros y de los patronos, “sin aportes estatales”, porque la intervención del estado significaría “agravar con impuestos a todos los habitantes del país, para beneficiar sólo a una parte de los mismos” (p. 113). Di Tella pensaba que había una “necesaria dosis de intervención del Estado” pero que como sucede con ciertos remedios, “matan cuando las dosis son grandes” (p. 114). Estas ideas lo harían mirar con reticencia el accionar de los militares y de Perón.

Más allá de que se coincida o no con las apreciaciones político-económicas e ideológicas del autor, se le puede criticar —ya que el título incluye también a la industria— que no haya hecho un mejor aprovechamiento de los archivos de SIAM, a fin de responder a tantas dudas que se acumulan en torno al accionar oculto de empresas líderes en Argentina y al desarrollo trunco de la industria.

La vinculación con el capital externo, la asociación con firmas extranjeras —de distinto origen, pero especialmente norteamericanas— son cuestiones que se mencionan tangencialmente y que —dados los años transcurridos— era posible, quizás, conocer con más detalles. Lo mismo respecto a la política de exportaciones de la empresa.

En síntesis, el libro presenta un tratamiento mucho más cuidadoso en los primeros capítulos y algo más desordenado en los últimos, donde los temas se suceden rápidamente.

Difícil es pensar que Di Tella sea el arquetipo de los empresarios argentinos, pero otros como él han podido crecer, prácticamente de la nada, con sólo su capacidad de generar negocios y su visión de futuro.

De joven inmigrante sin recursos pasó a ser socio no capitalista en un pequeño taller. Pronto se convirtió en el líder de la empresa. Combinó la producción con la importación al compás de la demanda que el mercado iba generando. Cuando la importación de insumos o de los productos terminados fue imposible por la guerra, fabricó en el país todo lo necesario, diversificó su producción, experimentó nuevos productos y los introdujo en el mercado. Asociando a firmas

extranjeras, desarrolló nuevas líneas de productos para distribuir primero y fabricar después. SIAM se convirtió en una de las más grandes empresas argentinas y de la región, multiplicando sus sucursales por toda América.

Esto, y el contexto sociopolítico, en el cual evolucionó, es lo que, finalmente, nos deja el autor.

Emilce Tirre de Larrañaga

**Mariano Plotkin.** *Mañana es San Perón.* Buenos Aires, Espasa-Calpe/Ariel, 1994, 350 páginas.

“La supervivencia y el impacto del peronismo no pueden ser explicados solamente en términos de las mejoras en las condiciones de vida introducidas durante la era de Perón”. Para el autor de esta obra, fenómenos tales como una redefinición de las identidades de amplios sectores de la sociedad argentina, la reformulación de las relaciones entre el estado y la sociedad y la creación de una “subcultura peronista” fueron también el resultado de la creación de “un poderoso imaginario político y de un eficiente sistema de intercambio simbólico entre Perón y las masas”, que perduró luego de 1955. De allí la propuesta de investigar su origen, los “mecanismos de creación” de ese sistema simbólico, rastreándolos en la acción del estado destinada a la “generación de consenso político y movilización masiva”.

Partiendo de un análisis de la crisis del liberalismo en los años 30 como antecedente del surgimiento del nuevo movimiento político, se exponen en el libro detalladas descripciones e intentos explicativos de las características y alcances de la ideología peronista y su fracaso en la creación de una “cultura alternativa” a la tradicional y en el logro de la hegemonía en el campo intelectual. Se indaga en la génesis y función de los rituales y símbolos del peronismo y su articulación con el liderazgo personal de Perón (entre ellos la apropiación y redefinición del sentido de las celebraciones políticas del 1° de mayo y el 17 de octubre). Se analizan los cambios institucionales y la utilización por parte del gobierno del sistema educativo en relación a la generación de consenso, incluyendo un estudio de los contenidos de los libros de texto. Se aporta una visión de instrumentos políticos del gobierno dirigidos a la “incorporación de sectores previamente marginados” para la obtención de consenso “pasivo” y como contrapeso del aparato sindical: la Fundación Eva Perón y el Partido Peronista Femenino.

Ese recorrido analítico se realiza en base a una amplia revisión bibliográfica que incluye recientes investigaciones argentinas, norteamericanas y europeas, y al trabajo propio con fuentes primarias (documentos oficiales, textos escolares, publicaciones periódicas, entrevistas).

Este aporte heurístico busca ser articulado en un esfuerzo de síntesis cuya matriz teórica abreva en tradicionales postulados de la sociología funcionalista aplicados a la interpretación del fenómeno peronista: convergencia con “masas

movilizadas”, búsqueda de legitimidad sostenida por la figura del líder y la creación de carisma, en el contexto de una aguda polarización social.

Tensión y transacción entre modernización y tradicionalismo, ambigüedad del populismo, son ejes conceptuales desplegados y ratificados en la reconstrucción de los distintos planos del objeto de estudio. Se extraen ciertas conclusiones: con propósitos conservadores, el gobierno buscó eliminar mediante la ilusión de la “unanimidad” una polarización socio-política que en realidad terminó acentuando, con resultados revolucionarios en términos de transformaciones culturales e identidad de sectores sociales. El primer peronismo fracasó en la creación de consenso de una nueva cultura pero logró la conformación de una “subcultura”, amasada en la acción de los mecanismos del estado en aquella etapa de la vida argentina. Tal eficacia sobre el “imaginario social” explicaría entonces su perduración como movimiento político.

En suma, aquello que impidió la implantación de un nuevo consenso, aseguró su perdurabilidad. Una aseveración verificable pero cuyas determinaciones profundas no pueden encontrarse en esta obra. A ello concurren limitaciones a la vez teóricas e históricas. El lector es advertido en la Introducción: el tratamiento del tema, selectivo, se concentrará en el estado y las políticas “y no tanto en el impacto real que estas políticas tuvieron”. Tal acotamiento, fundamentado en razón de diversidades metodológicas y de fuentes, se compadece sin embargo en esta obra con presupuestos teóricos que tienen efectos sobre los resultados. La puesta entre paréntesis del “receptor” del mensaje conlleva la de las condiciones, no solo ideológicas sino también materiales, de la producción de este último. Sucede que, aunque escindible sólo a los fines del análisis, la acción estatal, el plano discursivo, los motivos de los dirigentes, se interpenetran y alimentan mutuamente en la historia con las prácticas sociales y los conflictos resultantes; y la estructura social, la correlación de fuerzas entre clases, grupos y corrientes y su dinámica no son sólo contexto sino también texto del discurso. Esa atomización a priori influye en la síntesis pero también en el empobrecimiento y unilateralidad de la reconstrucción de los planos particulares.

Se intenta así un enriquecimiento del conocimiento del fenómeno peronista a partir del estudio de la esfera ideológica, pero, como en una ensayística reiterada, el horizonte político-social y el conflicto vuelven a ser oscurecidos a la hora de explicar la eficacia del “carisma”. Sin duda la coexistencia de modernización y tradición caracterizan al “populismo”, pero el contenido de esos conceptos en la Argentina de entonces se diluye. Si el peso de la tradición liberal (aún en crisis) incidió en la ambigüedad peronista respecto a la misma, ¿cuál era la correlación de fuerzas que determinaba esa persistencia? La formulación y despliegue del consenso “ilusorio” en la ideología peronista (identificación del estado árbitro, Perón, “la patria misma”, el pueblo), no pueden ser interpretados como fenómenos escindidos o yuxtapuestos a la evolución de las contradicciones con sus adversarios y en el interior de la coalición peronista. ¿Cuáles eran las raíces (sociales) del empirismo y eclecticismo ideológico? Temas como el rol del sistema educativo y de su contenido en la época y las limitaciones políticas del peronismo en el campo intelectual no pueden ser explicados abstrayéndolos de

las complejas relaciones (prácticas) existentes, desde su surgimiento hasta 1955, con la Iglesia Católica (y las corrientes sociales y políticas que expresaba).

El enfoque de la obra amplifica temas y omite otros: a modo de ejemplo, el nacionalismo y el concepto de patria fue utilizado sin duda como mecanismo de consenso y control social para la ilusión de la "unanimidad", pero tenía una fuerte articulación con la política exterior y el programa económico del gobierno, determinados (y condicionados) por intereses económicos y por las conclusiones que amplios sectores sociales extraían de la evolución de la inserción internacional dependiente del país desde el siglo pasado. El industrialismo y, en particular, el discurso antiimperialista tuvieron una eficacia real en la creación de consenso (activo y pasivo), desde los sucesos de 1945, en tal grado que su repliegue contribuyó a horadar la hegemonía política del gobierno hacia 1955. Pero esta dimensión es escasamente repuesta en el trabajo, excepto para rastrear la génesis del nacionalismo peronista en la prédica ideológica de los años 30, con un protagonismo inicial por parte del nacionalismo oligárquico.

El instrumental teórico desplegado, en suma, al divorciar al estado y la ideología de la sociedad de la que emergen, conduce, pese a los propósitos explicitados de incorporar nuevas dimensiones al conocimiento del período, a una recaída en discutidas y ya "tradicionales" interpretaciones del peronismo como un fenómeno surgido del pensamiento a la acción, del estado a la sociedad, de la "invención" de consenso al conflicto político y social, permaneciendo su enfoque adherido al modo en que el proceso aparece y se exterioriza. Estas conclusiones tienen su correspondencia en el encuadre histórico de la obra: el peronismo es definido como un movimiento "más bien autoritario", en lo esencial heredero de la creciente "participación del estado" en la vida económica y social. De propósitos conservadores, "se vio forzado a presentarse a sí mismo como una reacción" contra el conservadurismo, restaurando el orden institucional y conservando una actitud ambigua frente a la fuerte tradición liberal. Se relativiza el análisis de la participación industrial en el peronismo, en base a una cita de Horowitz referida a los orígenes. Tal habría sido el resultado de la crisis del "consenso liberal" en la década anterior, horadado en lo esencial por la prédica del nacionalismo de derecha y por los errores de la elite liberal. Finalmente, y catalizada por la muerte del general Justo, que "dejó sin líder a los sectores más democráticos del Ejército", hizo crisis un sistema político que había sido condición del desarrollo "exitoso" de la Argentina desde mediados del siglo XIX.

Como contracara de la interpretación de la frustrada "invención" peronista del consenso en base a una unanimidad ilusoria, el autor afirma la efectiva vigencia del consenso ideológico liberal en la Argentina de fines de siglo, gobernada (se aclara) por una elite terrateniente pero en la que regían, al menos en teoría, las instituciones democráticas. La reforma electoral completó la obra iniciada. Pero el sistema fue entrando en crisis (abonada en parte por la identificación yrigoyenista de su causa con la de la patria, y luego por la evolución política de los años 30) y progresivamente liberalismo y democracia se tornaron antitéticos. (¿No fue esta antítesis, acaso, la marca fundacional del estado argentino?) Así, contrariamente a su propósito de esclarecer el "imaginario"

peronista y sus raíces históricas, la lectura de la esfera política e ideológica y de las formas de acción estatal como variable independiente en el proceso histórico y eje conductor de la interpretación del mismo frustra el intento, pese a los esfuerzos de ponderación y al material informativo expuesto. Por el contrario, termina inscribiendo a la obra en una versión, hoy ampliamente "oficial" aunque no "unánime", del pasado argentino, revitalizada en la historiografía reciente: la de la consabida confirmación del mito fundador de la Argentina moderna y de su posterior declinación.

Claudio Spiguel